

“LA MUJER HABITADA” DE GIOCONDA BELLI: PRESENCIA LITERARIA DE RAÍZ INDÍGENA

Ivannia Barboza Leitón*

ivabl@racsa.co.cr

*“Nadie poseerá este cuerpo de
lagos y volcanes
esta mezcla de razas,
esta historia de lanzas;
este pueblo amante del maíz,
de las fiestas a la luz de la luna...”
La mujer habitada, Gioconda Belli.*

Fecha de recepción: 9 de agosto 05 / Fecha de aceptación: 9 de setiembre 05

Resumen

El artículo “La mujer habitada” de Gioconda Belli: presencia literaria de raíz indígena” muestra que en la literatura es posible el acercamiento al pasado indígena centroamericano. Diversos escritores, entre ellos la autora nicaragüense, y como parte de la creación artística, hacen uso de elementos aborígenes en una intertextualidad como rescate del tiempo precolombino y de la conquista española. En la obra, gracias al Realismo Mágico, pudo producirse la unión del pasado-presente, lo autóctono-lo moderno en las imágenes de dos mujeres: Itzá-Lavinia. Sin embargo, en la construcción del personaje indígena y en la importancia que la narradora le otorga a la voz de esta para “hacerla” hablar por su etnia, se halla la distinción del grupo nahua por sobre otros de confluencia centroamericana. Finalmente, en el artículo se muestran los matices de una Nicaragua herida pero que –en la escritura así como en la realidad– resurge con la ayuda de las protagonistas, símbolo de la colectividad. Palabras claves: literatura centroamericana, tema indígena, intertextualidad, Realismo Mágico, rescate, mundo precolombino, Área Mesoamericana, nahuas, cosmovisión indígena, Lucha sandinista.

Abstract

The article “La mujer habitada” de Gioconda Belli: presencia literaria de raíz indígena shows that in literature the approach to the Central American native past is possible. Different writers, among them the Nicaraguan writer and as part of the artistic creation, use native elements in an intertextuality as a rescue of pre-Columbian time and Spanish conquest. In the work, thanks to the Magic Realism, the union of past and present and of the native and the modern was viable in the images of two women: Itzá-Lavinia. However, in the creation of the native character and in the importance that the narrator gives to her voice “to make her” speak about her ethnic group, the nahua group’s distinction is found over others from Central American confluence. Finally, the article presents nuances of an injured Nicaragua, although, in the text as in real life, it reappears with the protagonists’ help as a collectivity symbol. Keywords: Central American Literature, native theme, intertextuality, Magic Realism, rescue, pre-Columbian world, Mesoamerican Area, nahuas, native cosmovision, Sandinista struggle.

* Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica.

Introducción

Centroamérica representa un espacio geográfico pluricultural; no es único, ni singular, es más bien un tejido, y como tal, está constituido por diversos materiales. Ese tejido-texto ha sido la fuente para que muchos escritores (si no todos) extraigan pequeños retazos e hilos para luego reelaborar/ reconstruir esa manta cambiante.

Una forma particular de reelaboración de Centroamérica es la inclusión del elemento indígena dentro de la literatura, que puede asumir diversas perspectivas: desde lo puramente estético, de rescate, como recurso estilístico, o simplemente, de material al cual echar mano para la creación de la obra. Es por eso que escritores centroamericanos incluyen en sus creaciones la presencia de los primeros pobladores y su cosmovisión desde diversos acercamientos.

Rescatando un ejemplo de lo anterior y a manera de un hilo suelto, se halla dentro de la producción literaria moderna nicaragüense *La mujer habitada* (1988), novela escrita por Gioconda Belli (Nicaragua, 1948) que brinda una visión de lo indígena desde un espejo en donde convergen, a un mismo tiempo, la mujer moderna y su *alter ego* aborígen.

La obra se inserta en la corriente del Realismo Mágico, pues el acercamiento particular de los hechos lleva a conocer la coexistencia de dos mujeres, símbolo de hechos históricos de su nación, en momentos totalmente distintos: la conquista de los invasores españoles y la posterior explotación, en conjunto con la lucha sandinista en la ciudad. Además, el Realismo Mágico permite la unión de dos hilos narrativos separados por tiempos abismales. Puede considerarse *La mujer habitada* como ejemplo de una estrategia discursiva (en la inclusión de lo indígena) y estética novedosa que enmarca sus raíces en el movimiento arriba señalado.

A partir de lo anterior, se abordará la novela, como objetivo, desde la perspectiva indígena en un proceso de entretejido con lo moderno. Se estrechará el ámbito de estudio al mundo precolombino y de la conquista (en la imagen de Itzá), porque interesa “la mujer que habita”, o sea, la del pasado indígena, aunque se incluirán breves menciones a la joven Lavinia/Inés.

Cuando Lavinia ingresa a las filas sandinistas para luchar en contra de la tiranía y la violencia del régimen opositor; surgen entonces semejanzas entre Lavinia e Itzá como mujeres combatientes en contra de imposiciones violentas y subversivas: los conquistadores por un lado y los tiranos por otro. Los españoles ganan en su lucha e imponen su sistema de vida, pero en el “mundo de Lavinia” el proceso de lucha culminará, señalado en

“la construcción de una social democracia en Nicaragua” (Molina, 2000: 341).

Como señala Nory Molina, lo que está sucediendo, por ejemplo, en el caso de Gioconda Belli

“es que las mujeres escritoras reconstruyen el pasado y escriben la inserción de las mujeres sin transiciones” (ídem).

Lo cual representa a la vez que la mujer escritora/ creadora/ artista

“debe volver a sus orígenes: la reclasificación de las especies, el reordenar y reclasificar todo desde la expansión más remota de las fronteras de la nación-estado” (Molina, 2000: 344).

Como intertexto, se vuelve a la imagen primigenia de la franja de tierra que se denomina Centroamérica. La visión intertextual rescata lo indígena de toda la estructura de la obra porque en ello se asientan los acontecimientos paralelos al presente de Faguas (Nicaragua). Pequeñas puntadas llevan al lector al pasado que quiso mostrar la autora, que solo halla sentido en el momento de convergencia de las dos protagonistas partícipes de las luchas de sus pueblos.

La mujer /dos mujeres/ todas las mujeres

El mundo narrado muestra a dos mujeres nicaragüenses: una de ellas es combatiente contra los españoles en tiempos de la conquista (Itzá), y la otra es una joven arquitecta que ingresa a las filas sandinistas (Lavinia).

El interés de este apartado se centra en el análisis de la personalidad de Itzá: su visión de mundo, su familia, su pareja, y finalmente, las apreciaciones que ella realiza de la mujer a la que luego habitará.

Itzá, participe de dos nacimientos, considera que el primero de ellos fue producto del temor, manifestado en su madre y en la partera:

“Esta vez no hubo incertidumbre, ni desgarraduras en la alegría. La partera no enterró mi xicmetayotl, mi ombligo, en la esquina oscura de la casa (...) todos los augurios eran tristes (...) Temían conocer mi suerte” (10).

Luego, fue bautizada con el nombre de Itzá, “gota de rocío”, con prisa, pues las circunstancias lo ameritaban: la llegada de los españoles era inminente y no había tiempo para elegir su nombre de niña; así que se le asignó el de adulta.

Con la personalidad fuerte y decidida de Itzá se rompen esquemas que culturalmente eran impuestos por su tribu, producto de un sistema arraigado. Sobresale, por ejemplo, el trastocamiento de actividades cotidianas que, de no ser por el arribo de los españoles, no se hubieran manifestado en sociedades jerarquizadas y patriarcales como las indígenas:

“Me pregunto qué quedaría de nosotros, de mi madre a quien nunca más volví a ver después que me fui con Yarince. Nunca entendió que no podía simplemente quedarme en la casa. Jamás le perdonó a Citlalcoatl que me enseñara a usar el arco y la flecha” (19).

La protagonista se ve forzada por las circunstancias a no quedarse en el hogar, a ir al campo de batalla y seguir al hombre que ama; es el rompimiento de lazos culturales establecidos por su grupo humano. Y quizá un hecho de mayor trascendencia para Itzá es el que se ve obligada a cumplir debido a la llegada de los conquistadores:

“Divertido pensar que seré madre de naranjas. Yo tuve que negarme los hijos” (22).

Aunado a su personalidad fuerte y luchadora, se encuentra el espacio para el amor, para los sentimientos de pareja:

“¡Ah! Yarince, cómo recuerdo tu cuerpo recio y asoleado, después de la caza, cuando venías con tu esplendor de puma cansado a buscar abrigo sobre mis piernas” (41).

El encuentro amoroso entre Felipe (joven arquitecto y compañero de trabajo) con Lavinia produce nostalgia en Itzá, pues después de todo se mira y se compara con la mujer moderna: las

dos serán jóvenes sacrificadas por sus luchas particulares, ambas pierden a su compañero y ambas sueñan con la liberación de sus pueblos.

A partir de las acciones de sobrevivencia y lucha, Itzá analiza con detalle el mundo de la joven moderna. Aunque espacios y tiempos son disímiles, sentimientos y manifestaciones son similares:

“Vi una mujer. La que cuida el jardín. Es joven, alta, de cabellos oscuros, hermosa. Tiene rasgos parecidos a las mujeres de los invasores, pero también el andar de las mujeres de la tribu, un moverse con determinación, como nos movíamos y andábamos antes de los malos tiempos” (10).

El proceso de introducción de Itzá en Lavinia representa un dominio sobre los pensamientos, evocaciones y palabras que emergen de la arquitecta. Cuando Lavinia conversa con su amiga Flor, surge espontáneamente el nombre de Yarince; su amiga interrogante desea saber cómo brotó esa mención. Lavinia desconoce el origen, aunque Flor conoce ciertos hechos históricos de Yarince:

“Hay un Yarince indígena, cacique de los Boacos y Caribes, que luchó más de quince años contra los españoles (...) Yarince tuvo una mujer que peleó con él. Fue de las que se negaron a partir para no darle más esclavos a los españoles...” (205).

Además, Lavinia aprovecha la ocasión para decir que por momentos no sabe lo que le ocurre

“...no sabés las cosas extrañas que me pasan; (...) No les doy importancia pero ahora que lo decís, siempre tienen relación con los indios... con arcos y flechas ...” (205).

En esta primera parte del análisis, se define Itzá como una indígena que rememora su vida y todo lo que ella conforma. Es un proceso autoreflexivo para luego formar parte de su similar: Lavinia.

Habitada... aposentada...

Elementos como la inserción de lo indígena en lo moderno (con las imágenes de las protagonistas), el universo autóctono nicaragüense –ubicación, idioma, organización, costumbres y cosmovisión-, además de la llegada de los conquistadores y el final de Itzá/ Lavinia serán analizados en este apartado.

Antes de que Itzá habite en Lavinia, ha sucedido lo siguiente: la primera ha emergido del mundo subterráneo en un proceso resucitativo, pasando del reino vegetal al humano. Ocupa, pues, “el cuerpo” de un árbol de naranjas sembrado en el patio de la casa de Lavinia en el año de 1973.

Desde la visión indígena se puede entender dicho proceso porque implica el mundo piramidal. La visión del universo en tres niveles forma parte de la cosmogonía indígena: el nivel celeste (compuesto por trece escaños), el terrestre y el inframundo (nueve escaños). Itzá anuncia:

“Al amanecer emergí” (9)

porque penetró en el árbol y obtuvo con esto un dominio total del espacio; posee raíces en el inframundo, su tronco está en la superficie y sus ramas se erigen hacia el universo celeste. El título *La mujer habitada* justifica el hecho de que ella habite en el cuerpo de Lavinia por medio de un jugo de naranja que esta ingiere. Con el dominio y el posicionamiento en el mundo terrestre, la mujer indígena/ árbol aprecia los cuatro rumbos del universo.

Al ocupar el espacio del árbol, domina a través de los ventanales de la casa todo lo que sucede a su alrededor: sonidos, colores y sensaciones, pero a la vez desarrolla un sentido de nostalgia porque los recuerdos embargan su pensamiento con una vivacidad aún posible a pesar de los siglos:

“Tanto tiempo sosteniendo recuerdos” (9),

recuerdos que consisten en la imagen de Yarince (su compañero), su etnia, las luchas y las actividades ceremoniales.

La posibilidad de poder “reencarnar” en árboles, en elementos del mundo celeste o en animales existe, y desearía interiormente que eso sucediera con su compañero Yarince. Profetiza con la maduración lenta de los frutos el hecho de que

“Ella y yo nos encontraremos pronto” (28).

Para Itzá es inevitable la introducción en el cuerpo y pensamiento de Lavinia, es un acontecimiento que espera con aprehensión:

“Y sucedió. Sentí que me pellizcaban” (44).

Lavinia –una mañana– encontró tentadoras las naranjas y decidió hacerse un jugo para complementar su desayuno. Cuando las naranjas caen al suelo, Itzá está consciente de que se mira en dos dimensiones, primero en el árbol y luego en las naranjas que están en el suelo. El recorrido lo experimenta como un conjunto de sensaciones cromáticas y táctiles.

La relación establecida entre Lavinia e Itzá se ha arraigado y profundizado, porque esta última lo nota de la siguiente manera:

“No deja de enternecerme su miedo, ahora que logro distinguir el pasado y el presente en las blancas dunas de su cerebro. Al principio era difícil saber distinguir. Un suceso, para ser asimilado por ella, se mueve en medio de referencias pasadas” (69).

Antes de que la mujer indígena “entrara” en Lavinia, ¿cuál fue el contexto anterior de Itzá? ¿Cuál fue su espacio físico inmediato? Se sabe que la novela revela a Nicaragua como pasado indígena y como presente sandinista, en una clara imagen dual de selva/ ciudad. Itzá dice lo siguiente:

“Este país era el más poblado. Y, sin embargo, en los veinte y cinco años que viví, se fue quedando sin hombres...” (87).

Nicaragua, perteneciente al Área Mesoamericana, presentaba antes de la llegada de los primeros conquistadores grupos poblacionales grandes. Era tierra de pipiles, chorotegas, sumus (denominados por los españoles “jicaques” o “caribes”), nicaraos y ramas. Las etnias que permanecían aún al momento del contacto con los españoles fueron sumus, matagalpas, chorotegas, ramas y nicaraos.

Entre las primeras incursiones de los españoles a territorio nicaragüense se destaca la que se produjo por el noroeste a través de Nicoya. Se empezaron a establecer centros poblacionales para agrupar a los indígenas y así ejercer mayor dominio sobre ellos. Según Elizabeth Fonseca, fue Gil González Dávila quien, informado en Nicoya de la existencia de un jefe más poderoso en la región, decide lanzarse en su búsqueda y solo es detenido por los guerreros del cacique Diriangen (Fonseca, 1996: 65). Gil González Dávila es el primer español que llegó

a Nicaragua y descubrió el lago y el litoral del Pacífico; reconoce, además, que en esta zona la población aborigen era mucho mayor que las descubiertas hasta el momento y que abundaban las riquezas (especialmente el oro).

El establecimiento y la división de los territorios adueñados representó una explotación prolongada, tanto de recursos materiales y naturales como humanos. Itzá menciona que los hombres fueron enviados en barcos a Lima a construir una ciudad. Entre 200 y 500 mil indígenas de la costa del Pacífico de Nicaragua y Nicoya y de regiones más al noroeste fueron llevados a Panamá y Perú como esclavos

En cuanto a aspectos geopolíticos, se destaca en las crónicas que los conquistadores acuñaron el término “provincia”, concepto sobre el cual se sustentan señoríos gobernados por un señor o cacique principal:

“En la punta de Cosigüina se ha identificado un área de hablantes de nahua nombrada Nahuatlato. Le sigue la provincia de Tezoatega, un señorío nahua nicarao y a continuación se encuentra la cuña subtiaba, la provincia de Nagrando, vecina de las provincias chorotegas Imabite y Denocherri” (Hasemann y Lara Pinto, 1993: 182).

Señala Itzá que su grupo étnico era nahua, pero con conocimientos de las lenguas chorotega y niquirana. Los nahuas constituyeron uno de los grupos asentados en Nicaragua con una difusión intensa, sobre todo en la costa del Pacífico centroamericano, y con ella se extendió la cultura más sobresaliente del centro de México en tiempos de la conquista (Zavala y Araya, 2002: 289).

Nicaragua, además, representó fue un punto especialmente fuerte de la presencia mexicana en la zona en tiempos de la conquista, que se manifiesta en el predominio de la lengua náhuatl, aunque como menciona Itzá, hay presencia de otros enclaves lingüísticos:

“La estrecha faja entre el Pacífico y el lago de Nicaragua, constituía la provincia de Nicaragua, colindante al sur con el territorio chorotega de Nicoya. Así, los antiguos inmigrantes mangué-chorotega y mangué-subtiaba habían sido desplazados de buena parte de sus dominios por los tardíos nahua nicaraos” (Hasemann y Lara Pinto, 1993: 183).

Ese conocimiento de lenguas que Itzá reconoce como rasgo cultural en su grupo, simboliza la imagen de un territorio de convergencia del

que ella se considera partícipe. En el siglo XVI, la Zona Central poseía enclaves con mezclas lingüísticas particulares; así por ejemplo, se podía conocer de lenguas propiamente mesoamericanas (pipiles y chorotegas) y también de aquellas que provenían del sur (payas, sumus, miskitos, matagalpas y ramas) (Hasemann y Lara Pinto, 1993: 174).

La organización interna de la tribu a la cual pertenecía Itzá presenta una jerarquía, valioso rasgo marcado en las sociedades indígenas precolombinas, con el caso de los ancianos como ejemplo:

“Los ancianos decían en la ceremonia que viajaría ...” (9).

“Cuando los ancianos hablaban de paraísos tropicales para los que morían en el agua ...” (19).

“Entonces a Tacoteyda, el anciano sacerdote, se le ocurrió una estrategia...” (61).

En la estratificación, estos representaban a los nobles que conformaban el consejo de ancianos, órgano asesor del señor y de los capitanes de guerra. Además, como se reconoce en las palabras de Itzá, los sabios y conocedores de otros lares, de las estrategias de guerra, de las ceremonias, eran los ancianos, que se destacaban por su sabiduría y por ser figuras de respeto.

En la cotidianidad de la mujer indígena se entretienen actividades que reflejan las costumbres de la comunidad; en sus palabras se aglomera una serie de hechos culturales pertenecientes a las etnias del Área Mesoamericana:

“... sabíamos medir el movimiento de los astros, escribir sobre tiras de cuero de venado; cultivábamos la tierra, vivíamos en grandes asentamientos de la orilla de los lagos; cazábamos, hilábamos, teníamos escuelas y fiestas sagradas” (86).

Elizabeth Fonseca menciona que en la costa del Pacífico de Nicaragua ya se encontraban los primeros habitantes que datan del año 350 a.C. Eran grupos de agricultores sedentarios que cultivaban maíz y que complementaban la dieta con recursos de los lagos. A la llegada de los españoles, la planicie costera del Pacífico (desde El Salvador hasta Nicoya) estaba dominada por los chorotegas, un grupo de origen

mexicano. El área de Rivas y la isla de Ometepe estaban pobladas por los nicaraos, un grupo de hablantes de nahua que consiguió desplazar a los chorotegas de ese territorio empujándolos hacia el sur (Fonseca, 1996: 45).

La anterior mezcla de grupos indígenas se manifiesta en hechos cotidianos, tales como los códices utilizados por los chorotegas de Nicaragua y los pipiles, pertenecientes también a Nicaragua y a El Salvador. Estos últimos incluso tenían sus historias escritas, producto de la influencia del pasado nahua que se manifestó tanto en las lenguas como en las costumbres. Asimismo, sobresalen los conocimientos de astronomía que les permitieron comprender el movimiento de los astros, crear sus calendarios, realizar actividades como tejidos, cultivos y la educación impartida por los sabios de la comunidad en los *calmeac* (*calmécac*, palabra mexicana para designar la escuela a la cual asistían los de la nobleza):

“Nunca más retornaron las quietas alegrías de los ‘calmeac’, donde nuestros maestros nos enseñaron las artes del baile y del tejido...” (191).

El calendario, por ejemplo, tenía origen divino pues era invención de Cipactónal (Cipattónal) y de otros dioses del valle de México:

El calendario nicarao corresponde al *tonalpohualli* azteca, o sea un período de 260 días resultante de la combinación de los 20 días mesoamericanos con 13 coeficientes” (Hasemann y Lara Pinto, 1993: 200).

Como parte del uso del calendario, Itzá consigna el término *katunes*, palabra proveniente del calendario maya (que se manifestó en un año solar de 365 días y a un ciclo adivinatorio de 260 días):

“Pero bien pronto me distraje con la luna (...) Volver a verla después de tantos *katunes* (cuántos, me pregunto)” (22).

Otras actividades habituales en el grupo aborígen son la elaboración de armas y el uso del mercado para el intercambio de bienes producidos por la tribu. Cuando Lavinia/ Inés se prepara para el ataque en la casa del General Vela, Itzá compara ese hecho con los experimentados por ella, previos al combate:

“... ella avanza desenvainando por fin la obsidiana, el roble” (155).

Efectivamente, las armas de los indígenas mesoamericanos consistían en cuchillos con puntas de obsidiana, elaborados en forma rudimentaria para combatir a los enemigos de territorios cercanos, para uso doméstico o para ceremonias como el sacrificio. La utilización de la obsidiana es de influencia maya.

El mercado sobresale como práctica útil; la labor de comercializar productos era exclusivamente femenina (entre el pueblo nicarao). Itzá cuenta que su amiga Mimixcoa era hábil tejedora y la madre vendía los *centzontilmatli* (mantas). En la novela, Itzá los llama “*tiangués*”; Elizabeth Fonseca menciona que

“...en ese comercio se logró un importante grado de especialización; así, por ejemplo, la provincia de Izcalco intercambiaba cacao por textiles provenientes de Cuscatlán, y el nombre del mercado es “*tianguiz*” (Fonseca, 1996: 49).

No puede obviarse en la cosmovisión de Itzá y de su tribu la apreciación de las deidades que gobiernan sobre los mortales aborígenes. En su relato, la protagonista va mostrando cuáles son los dioses y qué importancia tienen para ellos:

“Me hizo arrodillarme e invocó a Tamagastad y Cipaltomal, nuestros creadores...” (106).

Entre los dioses a los cuales rindieron culto por considerarlos sus creadores, sobresalen Tamagastad, dios de la lluvia (el Tlaloc de los aztecas), y Cipatkónal, creador del calendario (Fonseca, 1996: 50). Son los mismos dioses de los cuales habla la narradora indígena, aunque con ligeras variantes en su escritura. También existe en la novela una convergencia de visiones religiosas; por ejemplo, el sacrificio de la joven amiga de Itzá al dios Quetzacoatl revela una influencia pipil, pues junto con Itzcuey y con Xipe Totec fueron deidades importantes de ese grupo cultural:

“... sus corazones en el improvisado altar a Xipe Totec...” (62-63).

“... su visión del regreso de Quetzalcoatl, el dios que más amaba y con el que soñaba unirse...” (273).

Itzá menciona a Tamagastad (Tlálóc) como la divinidad a la que había sido dedicada al nacer. Tlálóc es un dios de dos aristas: representa la vida y la muerte porque es agua, y como tal, lleva en su esencia estas dos virtudes. Entre los nativos precolombinos de ascendencia maya se manifestaba la creencia de que al morir se iba a la tierra donde mora el dios, Tlalocan, montaña sagrada en cuyo interior se halla el gran recipiente de las riquezas de la vegetación: las nubes y las lluvias, el granizo, los truenos y los rayos, las aguas de los ríos, las del mar que rodean la tierra y todas las formas vegetales. Tlalocan es, paradójicamente, uno de los ámbitos de la muerte.

Otras divinidades que indica la joven aborigen y que conforman las creencias de su tribu asentadas en el cosmos son las siguientes:

“... me purificó implorando a Chalchiuhtlicue, madre y hermana de los dioses...” (10).

“No aparenta tener nunca dudas de que Tonatiú alumbrará sus mañanas” (27).

“... marcando así la derrota de su dios blanco y español, y la victoria de Huitzilopochtli” (314).

La primera de ellas, Chalchiuhtlicue, se conoce como la compañera de Tlálóc, diosa de los mares y de los lagos, de los torrentes y de los ríos. Tonatiú es el nombre del sol entre los antiguos nahuas y significa “el que va dando luz”. En el panteón mexica, Tonatiuh o Teotl era considerado el creador de todas las cosas y causa de ellas; Tonatiú y Huitzilopochtli son la representación y reactualización del relato mítico del sol que sale cada día, originario también de los mexicas.

Con la visión de las deidades adoradas por la tribu de Itzá se rescatan igualmente los ritos, las ceremonias y otras festividades. Sobresalen, sin lugar a dudas, los sacrificios humanos:

“...el Señor de la Costa, Xipe Totec, le había hablado en un sueño, diciéndole que para sacar a los invasores del mar había que hacer el sacrificio de hombres y mujeres sabios. Los guerreros debían después vestirse con la piel de los sacrificados...” (62).

Este ritual es producto de la entronización mexicana de las invasiones toltecas y aztecas que se extendieron incluso a la península de

Nicoya. En el acto que explica con detalle Itzá, se muestra cómo los sabios ancianos de su tribu, producto de la desesperación ante la violencia de los españoles, deciden realizar el sacrificio de cuarenta hombres y mujeres ancianos. La idea surgió de Tocateyde, anciano de la tribu:

“Tocateyde les quitó la piel. Uno a uno, cuarenta de nuestros guerreros, se vistieron con aquellos mantos terribles, algunos liberando, por fin, profundos gemidos. Cuando todos estuvieron así vestidos, era una visión que a nosotros mismos nos estremecía” (63).

Hay dos variantes de la ceremonia al culto del dios Xipe Totec. La original, de influencia mesoamericana, estaba estrechamente vinculada con el proceso agrícola relacionado con el maíz, con la vida y la muerte, porque el ser humano prehispánico consideraba que todo ser viviente, y desde luego el maíz, era un ser vivo que debía morir y llegar al lugar de los muertos para regenerarse, resurgir y regresar a este mundo con nueva vida.

La otra representación que se conoce del dios Xipe Totec es la imagen de casi un niño cubierto con una piel humana; de ahí la singularidad de la ceremonia que realiza Tocateyde para asustar a los conquistadores. A los guerreros sacrificados en estas ceremonias se les desollaba cuando estaban muertos, y sus pieles eran vestidas por gente, especialmente por hombres.

El latir del corazón de Lavinia hace que Itzá recuerde como, lamentablemente, se sacrificaron en vano los mejores guerreros de su comunidad para rogar a los dioses que cesara la violencia inflingida por los europeos. Las ceremonias eran realizadas por nobles con funciones religiosas. Los sacerdotes, tanto pipiles como nahuas y nicaraos, vivían en los templos o en residencias cercanas a estos; su labor consistía en registrar los acontecimientos y los ritos como el del sacrificio humano.

Sacrificios como los descritos a Xipe Totec y el de la amiga de Itzá (Mimixcoa), joven destinada a servir a los dioses cuando alcanzara la edad adulta, eran diferentes en su proceso; así por ejemplo, se conocen en la obra inmoluciones en las que se les extrae el corazón a los elegidos, mientras que el sacrificio de la amiga de Itzá es de “agua” al dios Quiote-Tlálóc, pues ella se arroja al río.

Otras celebraciones y ritos diarios que se rescatan en la novela son por ejemplo, las siguientes:

“La partera no enterró mi xicmetayotl, mi ombligo en la esquina oscura de la casa (...) hasta tenían llamar al adivino para que me pusiera nombre, me diera mi tonalli” (10).

“Ella nunca enciende ramas de ocote, ni se inclina para ceremonias” (27).

“Hubo celebración, decía mi madre, se bebió pulque, se bailó, se jugó al volador” (166).

“...jamás volví a engalanarme para las ceremonias sagradas con las que recibíamos el regreso del sol, después de los últimos días del año...” (191).

Se destacan como elementos de la cotidianidad los juegos (el volador), el pulque (bebida alcohólica fermentada), el uso de ciertos trajes para ritos anuales, la ceremonia funeraria de Itzá, entre otros. La importancia para los indígenas de las ceremonias, los ritos y las celebraciones radica en el valor que le otorgaban a la existencia, al medio que los rodeaba y que les proveía de los bienes necesarios para vivir, aparte del valor de la creencia en seres poderosos que gobernaban sus actos y su esencia.

La llegada de los europeos ocasiona una enorme modificación en los patrones culturales, y en el peor de los casos, la desaparición de grupos indígenas completos; aquellos que sobreviven, lo hacen bajo el dominio de los primeros en un proceso descrito como inhumano. La percepción de los invasores es nueva para los indígenas, pues los asumen como seres especiales. Lo anterior se manifiesta en un hecho paralelo con Lavinia/ Inés, quien duda y siente temor cuando se halla en la fase de preparación para formar parte del comando del Frente de Liberación Nacional que atacará la residencia del General Vela; ese mismo temor lo reconoce Itzá al arribo de los españoles:

“al principio creíamos que juntos formaban un solo cuerpo. Los pensamos dioses del inframundo” (82).

Con el advenimiento de los conquistadores, Itzá refiere el acto de diplomacia y de acercamiento que se produjo entre los dos grupos humanos totalmente disímiles:

“Mi madre contaba cómo al principio, nuestros calachunis, caciques, organizaban caravanas para ir a conocer a los españoles. Les llevaban regalos, taguizte, oro que les fascinaba (...) Mi madre recordaba al Capitán. Estaba de pie en la tienda donde ellas depositaron las ofrendas. Era alto, de cabellos rizados y dorados. Habló con nuestro calachuni mayor. Le pidió más oro. Le dijo que debían bautizarse, renunciar a los dioses paganos” (166).

Lo que se muestra en los renglones anteriores no terminó como se hubiera deseado; la joven indígena se encarga luego de relatar que se iniciará más adelante un proceso sangriento en donde los más perjudicados serán los aborígenes. Asimismo, ella manifiesta que su espacio, la montaña, será violentada:

“Habíamos tenido noticias de la expedición de los capitanes españoles. Querían construir las poblaciones alrededor del lugar donde construían sus casas y templos” (61).

Entre los acontecimientos aludidos por Itzá, sobresalen los planes ideados entre ella, los guerreros y Yarince para no dejarse tomar por los conquistadores, el deseo de muchas mujeres indígenas de no procrear hijos para no darles más esclavos a los españoles, la ambición excesiva que mostraban los extranjeros por el oro, la unión de los “caribes” con los nahuas para contraatacar, la batalla de Maribios, entre muchos otros sucesos.

Paralelamente al hilo narrativo de la mujer contemporánea (y de su inserción en la lucha armada), se encuentra un pesimismo en boca de Itzá porque la lucha está llegando a su fin. Los guerreros muertos aumentan, las fuerzas se acaban y con ello las esperanzas:

“Era terrible volver por las noches a lugares donde antes pipiles o chorotegas nos alimentaban y verlos vestidos con trapos largos como los españoles, disfrazados de blancos, inclinados en actitud de servidumbre” (246)

Lo cual es motivo de decepción. La lucha ya no solo es de sangre y sudor, sino que se estaba tornando en una lucha de pensamiento y de convicción. Muchos de los indígenas agrupados en centros poblacionales fueron adquiriendo rasgos ladinos, producto de la imposición cultural española.

Con el arribo y la colonización de los europeos, se presentará la culminación de la novela (en los dos desenlaces) con la muerte de

Felipe/ Lavinia e Itzá/ Yarince, porque hay una recreación de los hechos para complementar a ambos finales de los personajes como uno solo.

Itzá narra los momentos previos a su muerte, que resultarán paralelos a los de Lavinia, y la muerte de Felipe se relacionará con la de Yarince. La mujer indígena avanza entre el bosque hacia el punto de encuentro con los viejos sacerdotes, va a la ceremonia de invocación para leer los augurios. De camino, Tixtlitl le cuenta que había soñado con una mujer que flotaba en el río y que el agua la cubría, triste presagio de lo que luego le sucedería frente a un ataque contra los españoles en el bosque.

Felipe, amante de Lavinia, es atacado por un taxista y muere en brazos de esta; Yarince, por el contrario, se lanza al vacío para no dejarse tomar por los españoles. Es un acto de unión con su mujer, porque cuando lo hace grita su nombre.

El final de Lavinia/ Inés está marcado por los cambios:

“Hemos llegado al día. La fecha favorable para el combate marcada por el signo “ce itzcuintli” “uno perro”, consagrada al dios del fuego y del sol” (313).

La fecha indica una modificación de planes, ya que Lavinia debe ocupar el lugar de Felipe en la toma de la residencia del General Vela, uno de los hombres más allegados al Presidente, para pedir a cambio la liberación de los presos políticos.

Los hechos no resultan como se planearon, por lo que Lavinia, resuelta, ataca al General y lo mata, pero muere ella también:

“Lavinia es ahora tierra y humus” (338),

forma parte del inframundo. En la voz de Itzá se encuentra el destino de todos:

“Ni ella y yo hemos muerto sin designio ni herencia. Volvimos a la tierra desde donde de nuevo viviremos. Poblaremos de frutos carnosos el aire de tiempos nuevos. Colibrí Yarince. Colibrí Felipe danzarán sobre nuestras corolas nos fecundarán eternamente...” (338).

En este apartado sobresale en la voz de Itzá una visión global de su comunidad. Se rescata, además, la impresión de que, aunque sea una sola la persona que nos acerca a su pasado indígena, en realidad asistimos a la colectividad que en su

momento constituyó la etnia de Itzá. Elementos cotidianos, cosmovisión, costumbres, tradiciones y valores son mostrados por la joven indígena como parte de un legado que aún hoy persiste.

Conclusiones

Las conclusiones parten del hecho de que el presente literario centroamericano, y aún más allá de sus fronteras, es una representación pluri-significativa de temas. De ese universo temático surgen escritores que producen literatura con rasgos o presencias autóctonas en sus manifestaciones, lo cual puede verse como un proceso de renovación.

Centroamérica, referente diverso, no escapa al uso que le den los escritores como material o como texto complejo que es. El rescate de lo indígena, todavía una labor difícil hoy en día para los historiadores, los arqueólogos y otros conocedores, puede producir un acercamiento más inmediato a través de la literatura.

Gioconda Belli reconstruye en *La mujer habitada* un mundo ya desaparecido de una joven valiente y luchadora, que por momentos llega a pensar que está hecha de sustancias extrañas, que no provenía del maíz. A partir de aquí inicia todo un universo que involucra al *Popol Vuh*, la náhuatlización, el proceso cruento de la conquista y la destrucción de tradiciones y valores.

Si bien es cierto que el relato de mayor desarrollo es el de Lavinia/ Inés, esto no resta mérito al pasado indígena que es la base sobre la cual se entreteje el presente nicaragüense. La forma en que se unen las historias en la novela solo es aceptable en el Realismo Mágico, porque el relato de Lavinia, aunque desarrollado en tiempos modernos, condensa semejanzas con la vida de Itzá: ambas son mujeres luchadoras, “subversivas” ante los ojos de sus semejantes y representantes de una colectividad que han tratado de destruir.

Es valioso reconocer el papel protagónico de ambas mujeres, que constituyen seres individuales representantes de ámbitos históricos distintos, aunque también simbolizan la colectividad. Itzá es el pasado de Lavinia/ Inés quien, en el fondo, viene a representar la amalgama

producida por la llegada de los conquistadores. Una es el elemento puro, original y primigenio, mientras que la otra es el producto al que se ha llegado luego de muchos siglos de cambio.

A partir de la inserción de una en la otra es cuando surgen las agallas que necesitaba Lavinia/ Inés para ingresar al comando sandinista y a la vez, asumir la lucha como lo hizo Itzá. Lo anterior significa que el espíritu indígena de Itzá es el motor de cambio que requería Lavinia/ Inés.

La siguiente es una observación anotada por Magda Zavala y Seidy Araya sobre lo que mostró Gioconda Belli en *La mujer habitada*:

“los nahuas no fueron los primeros ni únicos habitantes indígenas de la zona (...) ¿Por qué, entonces, elige este texto como antepasado indígena memorable el grupo nahua?” (Zavala y Araya, 2002: 289).

Las autoras, en su obra *Literaturas indígenas de Centroamérica*, consideran que muchos escritores modernos (que caerían en un error con ello) continúan exaltando en sus creaciones la cultura nahua como la de mayor prestigio porque se mira “lo indígena” como asunto romántico que hay que rescatar.

Por lo pronto, la creación artística que mostró la autora nicaragüense hizo uso de hilos coloridos para crear un entretejido que lleva en su esencia la imagen de la región. Sin embargo, en su novela ese entretejido indígena está para conocimiento –correcto o incorrecto– de las sociedades centroamericanas actuales.

Además, tomando como referente a Mesoamérica, que fue una zona cultural compleja y sofisticada, puede señalarse que en *La mujer habitada* esa riqueza fue utilizada solo para mostrar los nexos con los grupos étnicos dominantes. Hubo grupos indígenas mucho antes de la nahuatlización que sobrevivieron a la llegada de los españoles, y que actualmente conservan sus tradiciones y costumbres, como los miskitos, los sumus, los ramas y los garífunas.

Para finalizar, la lucha emprendida por Lavinia/ Inés en el presente no hubiera sido posible de no ser porque Itzá habitó en ella, porque vino a ser una inyección de convicciones, de conciencia y deseo de libertad que le hacían falta a esta última. Lavinia/ Inés termina la labor que dejó inconclusa la joven indígena, es la reencarnación de Itzá, y ambas lo son del símbolo mujer y de Nicaragua.

Bibliografía

- Alemany Bay, C. 1995. *Realidad, amor e historia en la creación de Gioconda Belli*. p. 74-83. In: S. Mattalía y M. Aleza. *Mujeres: Escrituras y lenguajes en la cultura Latinoamericana y Española*. Universidad de Valencia, España.
- Belli, G. 1989. *La mujer habitada*. 3ª ed. Editorial Vanguardia, Nicaragua. 338 p.
- Fonseca, E. 1996. *Centroamérica: su historia*. FLACSO- EDUCA. San José. 379 p.
- Hasemann, G. y Lara Pinto, L. 1993. *La Zona Central: regionalismo e interacción*. p. 135-216. In: R. M. Carmack. *Historia General de Centroamérica*. FLACSO, España.
- Molina Quirós, N. 2000. *Hogar, jardín, nación. El espacio, el género y la etnicidad en la literatura post-colonial latinoamericana de las mujeres*. Rev. Ístmica (5-6): 340-344.
- Zavala, M. y Araya, S. 2002. *Literaturas indígenas de Centroamérica*. Heredia: EUNA. 409 p.